

Reset

Reset

Rock, conquistas y tribulaciones de una treintañera de la Generación X

Noemi Martínez Pérez

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito de la autora. Todos los derechos reservados.

© Noemí Martínez Pérez, 2019

Noemi Martínez, Reset

Depósito Legal Z 1819-2019

ASIN 9781701000766

Obra registrada en el Registro Territorial de la Propiedad Intelectual de Aragón. Biblioteca de Aragón, c/Doctor Cerrada 22. Número de inscripción Z-259-15.

Conversión a libro electrónico: Noemi Martínez

© Diseño y fotografía de la portada: Noemi Martínez

© Fotografía de portada: foter.com

www.noemimartinezperez.com

noemimartinez@periodistasdearagon.org

nmp.contacto@gmail.com

A Ana y Estíbaliz, esos pilares que no debilita ni el paso del tiempo ni la distancia. Os quiero con locura.

A todos esos grupos de Heavy Metal que tantos buenos momentos me han hecho pasar, y que tantos malos me han ayudado a superar.

A la peña de Iturribide, los que estuvieron, los que están y los que estarán.

A todas las que fuimos treintañeras durante la crisis de 2008, a las que llamaron Generación X y que alguna vez creyeron que fueron un paréntesis poco interesante entre otras generaciones humanas más relevantes. Todas, repetid conmigo: “yo puedo, yo puedo, lo conseguiré”.

El gusto por lo decadente

Añoro la poesía urbana, el talento ronroneando en el fondo de una litrona, exhalando cada calada. Aún palpita esa tenebrosa oda en mí y en los corazones de los adultos que fueron niños en unos años en los que el país entero entonaba una canción derrotista y hermosa. Amarga y bella, esperanzada y sin futuro, pero cargada de una verdad y una honestidad perdidas en el transcurso de la madurez. Entristecidos nos preguntamos dónde quedaron todas esas canciones, todos esos poemas, todas esas certezas que hoy se antojan políticamente incorrectas. Seguimos preguntándonos por qué ser como es uno parece tan poco recomendable hoy en día.

Esos niños de ayer pasamos hoy de los treinta y tenemos ADSL en el cuarto y televisión por cable en el salón. Sin embargo, nada no satisface. Tenemos acceso a todo que podamos desear, pero todo eso que poseemos está vacío de contenido. Durante muchos años, en nuestra infancia, recibimos mensajes duros, difíciles de entender para la mente de unos pequeños. Nuestra mente se abrió y aprendió, saturados como estábamos de ideas, reflexiones e intenciones. El mundo era algo importante, de eso estábamos seguros, y algún día íbamos a ser mayores y a participar de ello, aportaríamos nuestro granito de arena a esa batalla.

A esa lucha. Qué lucha, me pregunto. Siento que cuanto más se avanza, más se retrocede. Cada año que pasa se pierde un privilegio moral y derecho existencial. Ahora todo es posible,

dicen. Y una mierda. Sólo el carro de la mayoría es posible. Cómo va a ser todo realizable cuando ni siquiera mantenemos el derecho a ser desagradables sin parecer antisistema. Ni siquiera podemos ser feos, ni gordos y bajos. Todavía recuerdo cuando la fealdad era otra forma de belleza, y lo grotesco era atractivo. Añoro lo extravagante, lo triste, lo decadente, lo horroroso. Los que fuimos niños hace veinte años estamos hartos de la belleza domesticada, enlatada, curtida y pulida, de hoy. Queremos ser feos, extraños, huraños, reivindicamos nuestro derecho a estar deprimidos, a estar hasta las pelotas, a mandar al garete un curro aunque esté bien pagado sólo porque lo aborrecemos. Deseo ejercer mi derecho a equivocarme y a desaprovechar oportunidades. Me manifiesto y digo que quiero dejar de formar parte de este puñetero guion trazado y bien marcado en el que se han convertido nuestras vidas. Sacudo el conformismo de mi generación y grito que estoy harta y quiero ser feliz y desgraciada a mi manera.

Si las generaciones humanas debieran tener nombre, la mía se quedaría sin bautizar. Repaso todos los años pasados desde que fui consciente de mi misma hasta hoy y no encuentro nada que nos defina. Hemos pasado estos veinte años sin hacer el más leve ruido. No me refiero a nada concreto. Con toda esta reflexión no pretendo decir siquiera que debiéramos haber luchado por algo, o creado algo. No, que va. Simplemente pongo sobre la mesa que somos la generación más sosa y sinsorga que viene a mi memoria en este momento. Hemos caminado entre la creatividad y el inconformismo de nuestros mayores más inmediatos y la serena sabiduría existencial de

nuestros más cercanos jóvenes. Somos una loncha de chopped en medio de un sandwich mucho más interesante que nosotros. Es triste, pero es así como se me antoja que resulta nuestro paso por el mundo. Éramos niños en un mundo lleno de promesas y somos adultos en la mayor era de conformismo que ha asolado la tierra desde el comienzo del siglo veinte. Y en medio de esta quietud que nos invade solamente me viene a la mente algo que pueda definirnos. El miedo. Somos temerosos. No nos asusta un monstruo concreto, pero le tememos a multitud de diablillos maliciosos.

Ahora tenemos treinta y tantos todos estos ratoncillos asustadizos de la generación miedosa. Y vamos de mal trabajo en peor empleo. Porque la verdad, suerte, lo que se dice suerte, no hemos tenido mucha en el terreno laboral. La crisis económica que asoló el país en nuestra niñez se tradujo en pérdida de derechos y condiciones en el mundo del empleo. La mayoría de nosotros tenemos carrera universitaria, y muchos hemos pasado casi una década sirviendo hamburguesas, limpiando aseos o atendiendo en perfumerías a personas más afortunadas. Este es otro de nuestros temores, la imposibilidad de emancipación. Llegar a los treinta en un Burguer King y en casa de tus padres es bastante deprimente. Te convierte en un adolescente perpetuo. En una persona dependiente. En un niño con canas y celulitis. Es en ese momento cuando llega a tu vida un concepto nuevo que nunca te había preocupado antes: el fracaso. Tal pensamiento llega durante una transición que se produce en un momento indeterminado, que se halla al terminar los veinte y comenzar los treinta, en la que se hace un

repasso inconsciente de los logros. Empiezas a comparar casi sin querer tus sueños pasados y tu realidad presente. Es entonces cuando llega el concepto del fracaso. De alguna manera recuerdas que cuando tenías dieciocho creías que al tener veintiocho ibas a ser un profesional de tu campo, que ibas a tener casa propia y si me apuras, estarías a punto de convivir con el hombre o mujer de tus sueños. Todos esos pensamientos aterrizan de pronto cuando estás barriendo las últimas colillas del bar en el que trabajas de camarero a media jornada, y justo antes de coger el coche de segunda mano que te ha regalado algún hermano mayor con mejor fortuna. Sigues con eso en la cabeza mientras aparcas y ves desde la calle cómo tu madre está vigilando a través de la ventana, preocupada cada noche porque vuelves solo a las tantas. Y te metes en la cama dándole vueltas al mismo tema, con la deprimente sensación de que a los casi treinta años todavía hay quien te hace la cena.

Esta maldita realidad es tremenda. No tenemos nada y parece que lo tenemos todo. Vivimos muchos años con papi y mami, nos arropan y nos guían lo mejor que pueden, nos reconfortan cuando estamos tristes y nos dan una sopa cuando estamos malos. Nos toleran en su casa, en la que con los años se ha logrado un cierto confort, y estamos calentitos, tenemos para ver una peli de vez en cuando, para echarnos una cerveza los fines de semana, incluso para pagar algún hotel cuando la ocasión lo permite. Estamos inmersos en una falsa impresión de bienestar. En el momento en el que con el sueldo de uno no se puede ni pagar un piso de alquiler compartido, pagar luz, agua y comida, estás viviendo en el umbral de la pobreza. Es

difícil ser consciente de ello cuando en casa hay de todo; reproductor de DVD, conexión a internet, lavadora, lavavajillas, calefacción, aire acondicionado, agua caliente, un buen colchón, comida calentita... Pero simplemente hay que pensar a quién pertenece todo ello para darte cuenta de que estás a un paso de convertirte en un sin techo. Si nos paráramos a pensar un minuto qué haríamos con nuestros curritos si de pronto un día despertáramos y descubriéramos que la casa de papi y mami no existe, nos daríamos cuenta que somos voluntariamente unos homeless. Y nuestro impulso derrotista nos lleva a no mover ni un dedo por cambiar. Asumimos que las cosas son así. Que la cosa está fatal. Que algún día encontraré algo mejor. No hay mejor forma de ser conscientes de nuestra propia quietud, sosez y conformismo que detenerse en el camino y mirar con ojos sinceros nuestra forma de vida. Nuestra temerosa y estática vida.

La parálisis de las gentes que conformamos este grupo extraño, nos define. Los miedos nos paralizan a la hora de avanzar, de tomar decisiones. Queremos hacer las cosas “bien”. Hemos aprendido a ser prudentes, porque el monstruo está cerca, rondando. Hay que salir de casa “bien”, con una hipoteca firmada sobre un piso “bien”. Con un vecindario “bien” y unas condiciones aceptables. Pasamos tantos años en casa que terminamos haciendo caso de lo que nos dicen nuestros padres, cuyas observaciones se basan en sus propias vivencias, que no son las tuyas. *“Para que vas a pagar alquiler, hijo, guarda el dinero y ya tienes para la entrada de un piso”*. Y haces caso, porque es más cómodo. Eres muy obediente, como buen

producto de tu generación. Y muy vago para enfrentarte a nada. Te excusas en sus sentimientos, pobres, que preocupados estarán mis padres si creen que estoy malviviendo por ahí. *“Tienen razón, no tengo necesidad de irme, y así ahorro y no tiro el dinero”*. Bendita excusa, la quintaesencia de nuestro carácter. Emanciparse es tirar el dinero si no tienes una propiedad. Dónde estará escrito, me he preguntado muchas veces, que sea obligatorio poseer nada. Pensar en el futuro es un dardo paralizante. El mañana es fantasía, y el único momento que podemos vivir es el presente. Un “hoy” en el que tienes edad suficiente para necesitar salir del nido, en el que el cuerpo te pide vivir tu vida, aunque sea bajo un techo que no es de tu propiedad. Parece mentira que nos hayamos dejado llevar de esta manera.

“Que viene el coco...”. Todos recordamos esta frase con la que nos asustaban de niños otros niños. Nuestro “coco” ha sido el SIDA, el pavor a la inestabilidad laboral, a la falta de perspectiva profesional, y en definitiva, el miedo atávico que tenemos los hijos de “La Bola de Cristal” a tomar las riendas de nuestro propio destino. Recordemos, si, aquella convulsa infancia en la que nuestros mayores lidiaron con un torrente de extravagante creatividad. Acordémonos de todas las personas que se enfrentaron a sus miedos y decidieron equivocarse libremente, que salieron a la calle con mayor o menor fortuna. Pensemos que la quietud no forma parte de nuestra alma, de nuestra esencia, que nuestro primer motor vital fue la pelea, la sinceridad, la honestidad, honremos aquello que heredamos y no seamos cadáveres en busca de hipotecas. Porque reivindicó

nuestra energía, nuestra fuerza, sé que está ahí escondida tras el umbral de la puerta, y nos insta a todos a pegarle una patada a ese monstruo grandote que está frente a las faldas de nuestras madres. Despertemos. Nosotros también merecemos vivir nuestra vida a nuestra manera.